

*Hedule G.T. 4:*  
CARLOS MUÑIZ

ESTA EDICIÓN

Es necesario mencionar que para la preparación de este estudio nos ha sido de gran utilidad la interesante edición de *El tintero y Miserere para medio fraile*, de Carlos Muñiz, preparada por Loren I. Zeller, editada por Almar en Salamanca, en 1980. En ella nos hemos basado para la fijación del texto y no señalamos variantes.

M.L.B.N.

*Carlos Muñiz, El tintero, Salamanca, Colegio de España, 1997*

EL TINTERO

LIVII. — Pasen. Pase, señor Pim; pase, señor Pam; pase, señor Pum.

Los tres. — Tengan ustedes muy buenos días.

LIVII. — Gracias.

FRANK. — Igualmente.

Los tres. — Venimos a cobrar, si no les sirve de molestia.

LIVII. — ¿Cómo? Ninguna molestia. *(Saca un sobre.)* ¡Pim!

*(Se acerca uno de ellos, retira el sobre, le hace una reverencia y se colara junto a los otros.)* ¡Pam! *(El segundo repite la operación.)* ¡Pum! *(El tercero repite la operación.)*

Los tres. — Muchas gracias.

FRANK. — Qué, ¿ahora se irán a celebrarlo?

Los tres. — Nos iremos a celebrarlo en cuanto den la hora. Antes tenemos que acabar el trabajo para tener contento a nuestro querido señor Director.

LIVII. *(A Crock)* — ¿Tú irás con ellos?

CROCK. — No.

Los tres. — Nosotros no vamos nunca con Crock. Crock es la oveja negra de la oficina y fuma en el retrete cuando nadie le ve, y cuando se queda solo en su despacho, piensa, sin que se lo ordene nuestro querido señor Director.

FRANK. — Pena debía darle oír a sus compañeros hablar así de usted, Crock. Pena debía darle, un hombre joven, abandonado por todos. Cortíjase, señor Crock Cortíjase, y yo le prometo interceder por usted para que le traten como a todos. ¿Verdad que ustedes me prometen ir con Crock? ¿Y tratarle como a uno de ustedes?

Los tres. — Si viene al fútbol, sí. Si habla de fútbol, sí. Si no fuma en el retrete, sí. Si no piensa, sí. Si no lee libros, sí.

FRANK. — ¿Ve usted qué buenos son? Olvidan todo y le brindan su amistad.

CROCK. — ¡A la porra su amistad! Me gusta leer libros y hablar con mi amigo del tiempo que hace, Y... Y... Y hacer versos...; sí, ¡versos!, a los árboles verdes y a los arroyos frescos, que están tan lejos de vosotros. ¡A la porra el fútbol y vosotros! Me tenéis envidia, porque todos quisierais ser como yo, y fumaros un

pitillo y pensar y tener un amigo. Pero ¿por qué me tenéis envidia? Vosotros habéis elegido todo esto, y yo, no. Vosotros tenéis una casa con alcobas y cocina y retrete. Yo no tengo casa. Vivo en casa de mi suegra, en el pueblo, y en mi casa no hay retrete. Pero mis hijos cagan tan ricamente en el campo. ¿Por qué me tenéis envidia?

Los tres. — No te tenemos envidia, porque estás loco.

FRANK. — Muy bien contestado. Hablaré con el señor Director para que les suba un duro el sueldo.

*(Crock rompe a reír estrepitosamente.)*

CROCK. — ¡Loco! Loco porque digo lo que vosotros no os atrevéis a decir. *(Vuelve a reír.)* ¡Majaderos! Me dais asco... Asco y pena... ¿Por qué tenéis que hacer reverencias a este señor, que en vez de dentífrico dice dentífrico? ¡Y lo escribel! *(Lo ha dicho por Frank.)* Tenéis miedo a que os echen.

Los tres. — Amamos a nuestro querido señor Jefe de Personal y le reverenciamos cual se merece.

CROCK. — ¡Mentira! Os he oído cuchichear de él muchas veces.

Los tres. — ¡Eso es falsísimo!

CROCK. — Los falsos sois vosotros. No queréis daros cuenta. *(A gritos.)* ¡Tenéis derechos! ¡Sois Hombreres!

Los tres. — Con su permiso, señor Jefe de Personal, nos ausentamos de aquí para ir a trabajar a nuestros negociados y tener todo en orden, y luego podermos ir a casa a disfrutar de la vida con nuestras esposas y nuestros hijos y nuestras suegras paráliticas.

FRANK. — Bien, hijos míos, bien. Auséntense y así se evitarán tener que oír estos discursos revolucionarios. Los tres. — ¡Buenos días, señor Livii! ¡Buenos días, señor Frank!

*(Hacen una reverencia y salen como y por donde entraron.)*

CROCK. — *(Gritándole, cuando ya se han ido.)* ¡Sí, «marcharosos», no escuchéis! ¡«Itros» a vuestras casitas a comer

judías! ¡Os pondréis cada día más colorados y os haréis viejos, muy viejos, y luego os moriréis! ¡Os moriréis igual, me oís! (*Rompe a toser.*)

LIVI. — Tranquilízate y vete. Y procura recapacitar, hombre. Yo soy un buen amigo tuyo y te doy siempre buenos consejos.

CROCK. — ¿Tú amigo mío?... (*Rompe a reír estrepitosamente.*) ¿Por qué no me dices si algún día voy a cobrar lo mismo que todos?

FRANK. — Eso es secreto. ¡Y basta de tonterías! ¡Lo primero que tienes que hacer es cumplir!...

CROCK. — Yo cumplo.

FRANK. — ¡Y trabajar!

CROCK. — Yo trabajo.

FRANK. — ¡Y respetar!

CROCK. — Yo respeto.

FRANK. — Y hacernos reverencias.

CROCK. (*Rompe a reír.*) — Yo fumo, yo pienso, yo leo libros. ¡Yo no reverencio a nadie!

LIVI. — Tú eres un peligro. ¡Modifícate!

CROCK. — No quiero.

LIVI. — El Director lo sabe. (*Suena el timbre del dictáfono.*)

¡Dígal!

SEÑORITA. (*Al dictáfono.*) — El señor Director va a salir de su despacho.

(*FRANK, como si hubiera oído que se estaba burlando la casa, sale corriendo a paso gimnástico.*)

LIVI. — Gracias, señorita. (*Guarda en el cajoncito los sobres del dinero y las nominas y luego mete todo en un cajón de su mesa y cierra con llave.* CROCK le mira atónito. *Acciona de nuevo el dictáfono.*) Conserjería... Conserjería...

CONSERJE. (*Al dictáfono.*) — Aquí Conserjería.

LIVI. — Pónganse las chaquetas y colóquense en línea. Va a salir el señor Director.

CONSERJE. — A sus órdenes, señor Livi.

LIVI. (*Accionando otro mando del dictáfono.*) — ¡Sonido!... ¿Me oye?... ¡Sonido!...

HOMBRE. — Departamento de sonido al habla.

LIVI. — Va a salir el señor Director. ¡Preparados!

HOMBRE. (*Al dictáfono*) — ¡Preparados!

LIVI. — ¡Sonido!

(*Inmediatamente empieza a oírse una brillante marcha norteamericana interpretada por una numerosa banda. LIVI empieza a recoger algunos papeles que hay sobre su mesa y los mete apresuradamente en la cartera.*)

CROCK. — ¿Quieres decirme de una vez con quién tengo que hablar para que me paguen?

LIVI. — El Jefe de Personal. ¡Déjame ahora!

CROCK. (*Frenético.*) — El Jefe de Personal no me hace caso.

LIVI. — Eso ya no es cosa mía.

CROCK. — ¡Me estoy hartando!

LIVI. — ¿Por qué no te marchas y dejas la oficina?

CROCK. (*Cogiéndole por las solapas.*) — ¿Qué quieres? ¿Que me vaya? ¡Quí! Necesito comer. ¡Estaré aquí, aquí, aquí!

LIVI. — No te violentes. Soy tu amigo. Procuraré ayudarte.

CROCK. — ¡Tú no ayudaras ni a tu padre!

LIVI. (*Con miedo.*) — ¡Suéltame! Va a salir el señor Director... (*Se suelta suavemente.*)

CROCK. — ¡Necesito dinero, necesito comer! ¡Y mi mujer y mis hijos!

LIVI. (*Apartándole suavemente.*) — Por favor... (*Se va hacia el centro del escenario con la carpeta debajo del brazo. El escenario se ha iluminado con una luz blanca y desagradable.*)

(*Por el primer término, izquierda, aparece, andando de espaldas, ligeramente inclinado hacia adelante, con una beatífica sonrisa en los labios, FRANK. Se ha cambiado de chaqueta y ahora lleva una gris, remendada por los codos. Parece transfigurado. Detrás de él aparece un tibejo delgado, muy elegantemente vestido, que lleva un bigotito muy cuidado y cuyos ademanes son los de un perfecto histérico.*)

CROCK. (*Respirando trabajosamente.*) — Siéntate ahí. (*Señala las pies de la cama. Vuelve a toser.*) Apaga la luz, ¿quieres? Me duele la cabeza.

(*El Amigo hace ademán de apagar la luz. Queda la escena en una tibia penumbra, muy agradable. Se sienta a los pies de la cama.*)

CROCK. — ¿Tú conoces el mar?

AMIGO. — Sí.

CROCK. — ¿Es muy bonito?

AMIGO. — Mucho. ¿Tú no lo has visto?

CROCK. — Nunca ¿y qué dice la gente cuando lo ve?

AMIGO. — Nada. Mira con atención y escucha el ruido de las olas sin respirar. Algunos se mojan los pies. Y las manos. Otros, después de mirar al mar, miran el cielo.

CROCK. — Cuando yo vaya me mojaré los pies, y las manos, y la cara, y luego miraré al cielo. Será como estar mirando un mundo diferente, que no tenga nada que ver con esto. Un mundo sin oficinas y sin tinta, sin casas y sin muebles. Un mundo con una ventana muy grande por la que puedes mirar siempre, sin cansarte nunca... (*Tose.*)

AMIGO. — No hables; es peor.

CROCK. — Es igual. (*Un silencio breve.*) Si alguna vez consigo dinero iré al mar. Cuando era chico, siempre pensaba que tenía que ganar mucho dinero para vivir mejor que mis padres. (*Transición.*) Mi padre era un buen hombre. A veces se emborrachaba, para olvidarse Dios sabe de cuántas cosas. Yo juré no emborracharme nunca. Y es lo único que he conseguido de todo lo que me he propuesto. ¿Por qué no será todo el mundo un mar muy grande, muy tranquilo, lleno de color azul y olor fresco?

AMIGO. — ¿No pides mucho, Crock?

CROCK. — ¿Nunca has pedido tú nada?

AMIGO. — Una vez, de pequeño, pedí una pelota. No me la compraron. Desde entonces no he vuelto a pedir nada.

CROCK. — ¿Quieres que vayamos al parque?

AMIGO. — Hoy, no. Cuando te encuentres mejor.

CROCK. (*Incorporándose con rabia.*) — ¿Tú crees que se puede mejorar? ¡No, no se puede mejorar!

AMIGO. — Ten paciencia...

CROCK. (*Acostándose, jadeante.*) — De pequeño, mi madre me llevaba al parque. Los domingos me alquilaba una bicicleta... ¡Una bicicleta! Allí aprendí a montar. Hacía mucho calor y yo corría con todas mis fuerzas. Parece como si todo aquello no hubiera sido nunca verdad. Como si lo hubiera soñado. Y a lo mejor lo he soñado. No puede haber cosas tan bonitas como ese trago de agua que se sueña que se bebe a morro en la fuente del parque, cuando se está reventado de correr. Y los pájaros no cantan al caer la tarde, no hay brisa fresca ni los árboles se mueven como si fueran personas alegres. Todo eso son sueños de niño. Nadie lo ha visto. Lo hemos soñado. Lo único que hay de verdad es esta cama, la oficina, el jefe, tu amigo el de los pisos... Mi mujer, chillando siempre; los chicos, diciendo palabrotas... Eso, eso es la verdad. La única verdad. (*Se ha ido incorporando poco a poco.*)

AMIGO. (*Obligándole a echarse de nuevo.*) — Procura dormir. Voy a marcharme, para que descanses.

CROCK. (*Cogiéndole la mano.*) — No te vayas. Me paso tantas horas rodeado de gente que no es mi amiga, que cuando estoy contigo no quisiera que pasara el tiempo. No te vayas.

AMIGO. — Me quedaré. Pero calla y descansa.

(*Entra FRIDA. Es una mujer apetitosa y limpia. Enciende la luz.*)

FRIDA. — ¡En la cama! Ahí puedes estar. Y luego, cuando llegas al pueblo, te llenas la boca de decir que te has pasado toda la semana trabajando. ¡Así, así es como trabajas tú!

CROCK. — Frida, hija, ¿cómo has venido?

FRIDA. — Con dinero prestado, en el coche de línea.

CROCK. — ¿Para qué?

FRIDA. — ¡Para que te vengas al pueblo! ¡Tienes que arreglar un asunto.

CROCK. — Más complicaciones. (*Al Amigo*). Siempre hay más complicaciones.

FRIDA. — ¡Y qué complicaciones! El maestro fue anoche a casa...

CROCK. — ¿Don Froilán?

FRIDA. — A don Froilán le han jubilado. El nuevo fue a casa a decirme que los chicos no estudian y que han apedreado al ama del señor cura, y a la sobrina del alcalde, y a un perro cojo. Se han comido los huevos del guarda de la Cooperativa y no han dejado un farol sano.

CROCK. — Los chicos... Ya se sabe. Es mejor que sean travesos.

AMIGO. — ¡Se hacen más fuertes!

FRIDA. — ¡No diga tonterías! ¡Se hacen más burro! Porque no estudian nada. Estuvo mucho rato...

CROCK. — ¿Quién?

FRIDA. — El maestro. Anoche. Le di café y anís. Estuvo en casa hasta muy tarde. Luego... (*Mirando al Amigo*).

¿No te importa que te lo cuente delante de este señor?

CROCK. — No, mujer. Es mi amigo.

FRIDA. (*Fastidiada*). — ¡Los amigos! ¡Tu diversión de siempre!

AMIGO. — ¡Señoral...

CROCK. — ¿Quieres hablar de una vez?

FRIDA. — Quiero, sí, señor. Luego nos pusimos a hablar de las cosas del pueblo, de por qué estaba allí con los chicos. Hablamos mucho rato. Es muy simpático... Me contó muchas cosas. Era ya el alba cuando se fue.

CROCK. — Bueno, ¿y qué?

FRIDA. — ¿No te lo imaginas?

CROCK. — ¿Me imagino qué?

FRIDA. — Quiso abrazarme.

CROCK. — Mujer, en el fondo no tiene mucha importancia.

FRIDA. — ¿Eso es todo lo que se te ocurre?

CROCK. — Cuando vaya el sábado, por la noche, hablaré con él. Le diré que te deje en paz.

FRIDA. — No me dejará. Ha dicho que esta noche volvería a casa.

CROCK. — Pues eso no me parece bien. Es una desvergüenza.

FRIDA. — ¡Tienes que venirte al pueblo esta misma tarde!

CROCK. — No puedo.

FRIDA. — ¡Tienes que venir!

CROCK. — Tengo que quedarme aquí. La oficina... El dinero...

FRIDA. (*Al Amigo*). — ¡Luego le extrañará que un día me lle la manta a la cabeza! ¡Me tiene abandonada!

(*El Amigo hace un gesto de resignación.*)

CROCK. — ¡No es verdad! Voy todos los sábados a verte.

FRIDA. — Pero te vienes los lunes.

CROCK. — Para trabajar.

FRIDA. — ¡Para estar tumbado!

CROCK. (*Nervioso. Muy bajo*). — Estoy malo, Frida.

FRIDA. (*Lleandose las manos a la cabeza*). — ¡Ya salió la enfermedad!

AMIGO. — Es cierto, señora.

FRIDA. — Usted se calla.

CROCK. — ¡Frida!

FRIDA. — ¡Y tú también te callas! ¡Siempre enfermo! Pero esos truquitos se te van a acabar. La gente ya te va conociendo. En la oficina saben que no has ido y que no estabas aquí cuando ha venido el médico a verte.

CROCK. — ¡El médico!

FRIDA. — El médico que han mandado para comprobarlo. Cuando yo estaba en la oficina, ha telefonado para decir que no estabas en casa cuando ha venido. ¡Si hubieras visto la cara que ha puesto tu jefe!

CROCK. (*Interesadísimo*). — ¿Qué ha dicho?

FRIDA. (*Al Amigo*). — ¿Lo ve? Sólo le interesan sus cosas. ¡A él qué le importa que el maestro me persiga!

CROCK. — ¡Vamos, Frida! ¿Qué ha dicho?

FRIDA. — No ha dicho nada. Ha puesto una cara muy divertida y muy rabiosa. Y se reía.

CROCK. (*Aterrado*). — ¿Se reía?

FRIDA. — Sí. Y se ha frotado las manos.

CROCK. (*Al Amigo*). — ¡Se reía y se ha frotado las manos!

FRIDA. — Bueno, ¿qué? El maestro volverá esta noche a casa.

CROCK. — ¡Dile que se vaya!

FRIDA. — ¡No querrá!

CROCK. — ¡Echale!

FRIDA. — ¡Entrará!

CROCK. — Dile que lo sé yo.

FRIDA. — Se reirá.

CROCK. (*Extrañado.*) — ¿Por qué?

FRIDA. — No tiene miedo. Es joven y fuerte.

CROCK. (*Amenazador.*) — ¡Ese hombre no me conoce!

FRIDA. — Sí. Le han hablado de ti.

CROCK. (*Hundido.*) — Le habrán dicho que estoy muy débil.

FRIDA. — Por eso se ha reído. ¿Y sabes lo que me dijo?

Que una mujer como yo necesita un hombre que la abrace y que la pegue cuando llegue el momento. Dice que él puede hacerlo... (*Con admiración.*) Y puede que sea cierto. Parece un mozo muy decidido. Es recio y alto. (*En tono más bajo.*) Tú siempre llegas cansado al pueblo. Ni siquiera me das un beso. Comprendelo, Crock: necesito un marido..., y tú no lo eres.

CROCK. (*Irritado.*) — ¡Si no lo fuera no habrías parido dos hijos!

FRIDA. — ¿Se acaba el matrimonio cuando se han parido dos hijos?

CROCK. — Sí. O no. Puede que no. A lo mejor sí se acaba.

¡Yo qué sé! Me duele la cabeza; estoy cansado. No hay pisos. No hay dinero. No hay nada. ¡Déjame en paz! Estoy harto de historias. Vuélvete al pueblo y dile a ese hombre que iré el sábado y le arreglaré las cuentas.

FRIDA. — ¡Tienes que ir hoy!

CROCK. — No puedo.

AMIGO. — ¿Quieres que vaya yo?

FRIDA. — ¿Usted?

AMIGO. — Puedo hablar con ese hombre...

FRIDA. — Eso es asunto de este.

(*Entra la SEÑORA SLAMB con una carta en la mano.*)

SEÑORA SLAMB. — Esta carta... (*Se la da a CROCK.*)

CROCK. — ¿Quién la ha traído?

SEÑORA SLAMB. — ¿Eh?

CROCK. (*Gritando.*) — ¿Quién la ha traído?

SEÑORA SLAMB. — Un motorista. ¡Hacia un ruido con la moto!

CROCK. (*Mirándola.*) — ¡Es de la Dirección! (*La abre, lee y después queda aborto.*)

FRIDA. — ¿Qué dice?

AMIGO. — ¿Es algo serio? (*Crock sigue un momento abortado.*)

FRIDA. — ¿Quieres hablar? (*Crock se pone la raída garterina, que se habla quitado al principio de este cuadro, y hace ademán de salir.*) ¿Dónde vas?

AMIGO. — No debes salir.

FRIDA. — ¿Te han dicho que vayas?

CROCK. — Sí.

FRIDA. — ¿Ahora mismo?

CROCK. — No, mañana. Pero si voy mañana a lo mejor llego tarde. Adiós...

(*Va a salir. Le detiene el AMIGO.*)

AMIGO. — Espera; no puedes irte así...

FRIDA. — ¡Déjale que se vaya! Por lo menos, que mire por el pan de sus hijos.

CROCK. — ¡Callate!

FRIDA. — ¡No me da la gana! ¡Lo que me voy a reír cuando me digan que te han echado!

CROCK. — ¡O te callas o...! (*CROCK levanta la mano para pegarla. Queda con la mano en el aire.*)

FRIDA. (*Desafiante.*) — ¡Anda, pégame!

CROCK. (*Bajando la mano.*) — Debía pegarte. Te lo mereces.

¿No dices que los hombres tienen que saber pegar?

FRIDA. — Los hombres, sí. (*Un silencio. Transición.*) Dame dinero. Tengo que volverme al pueblo.

CROCK. — No tengo dinero.

FRIDA. — Hoy han pagado en la oficina. Lo declaran por los altavoces.

CROCK. — Yo no he cobrado.

FRANK. — ¡Es de usfa, ilustrísima? ¡Hable con propiedad! CROCK. — Sí, eso, de usfa. Y usfa me dice en la carta que me presente a usfa. (CROCK tiene la carta en la mano.)

(LIVI se ha acercado a CROCK y le ha cogido la carta. EL DIRECTOR la toma y la lee. Dice algo a FRANK.)

FRANK. — Esa citación es para mañana.

CROCK. — Mañana puede que no tenga solución mi asunto.

(EL DIRECTOR dice algo a FRANK.)

FRANK. — Al señor Director eso no le importa.

CROCK. — Tiene que oírme antes de darme el cese. Necesito mantener a mi familia.

FRANK. (EL DIRECTOR dice algo a FRANK.) — Se ha instruido el oportuno expediente. Mañana sabrá usted el fallo.

CROCK. — ¿Pueden, por lo menos, decirme si me van a echar?

FRANK. — Mañana.

CROCK. — ¡Por favor, necesito saberlo!

FRIDA. — Verás cómo te echan. Y te lo tienes merecido.

¡Sí! ¡Merecidísimo!

CROCK. — Calla, mujer. ¿Me echarán?

FRANK. — Se está estudiando el voluminoso expediente.

No se sabe nada. Mañana. Mañana.

CROCK. (AL DIRECTOR.) — Señor Director, mañana puedo haberme muerto.

DIRECTOR. (Con voz campanuda.) — En ese caso, aténgase a las consecuencias. ¿Quién es esa mujer?

(CROCK no responde.)

FRANK. — ¡El señor Director quiere saber quién es esa mujer!

CROCK. — Es Frida, mi mujer... Frida... Te presento al señor Director, al señor Jefe de Personal y al Administrador Mayor...

FRIDA. — Mucho gusto ¿Cómo están ustedes? (Se acerca y les da la mano. A los tres les ha cogido de sorpresa la reacción y no dicen nada.) Hacen ustedes muy bien metiendo en cintura a éste. Hay que atarle corto. Los hombres, ya se sabe. ¡Si yo les contrara a ustedes!

(Cuando va a tomar aire para seguir hablando la cortan violentamente.)

DIRECTOR. — ¡Bastal! ¡Bastal! (A CROCK.) ¡Es una falta de disciplina traer la esposa a la oficina! ¡Huy! ¡Un verso!

FRANK. — Un pateado...

CROCK. — Se ha empenñado en venir... Quería enterarse de mi asunto.

(El DIRECTOR dice algo a FRANK.)

FRANK. — El señor Director dice que es usted un calzonazos.

CROCK. — Ella tiene mucha energía. Un carácter muy fuerte, señor Director.

(El DIRECTOR dice algo a FRANK.)

FRANK. — El señor Director dice que se vaya. ¡Que se vaya ahora mismo!

CROCK. — Ya lo has oído. ¡Vete!

FRIDA. — ¡Ni hablar! Me quedo. Ahora es cuando esto se va a poner bueno, ¿verdad, señores jefes?

DIRECTOR. — ¡Que se vaya!

CROCK. — Mujer, vete.

FRIDA. — No tengo dinero para volverme al pueblo.

CROCK. — Pues yo tampoco...

FRIDA. — El coche cuesta tres duros.

CROCK. — ¡Píntalos! No los tengo.

FRIDA. — ¿Lo ven? Así me tiene siempre. Sin un céntimo. Nunca hay un duro en casa para un extraordinario. ¡Nunca! ¿Se dan ustedes cuenta, señores jefes? Pero ustedes no consentirán que me vaya andando al pueblo.

Me darán un anticipo a cuenta de lo que tiene que cobrar éste el mes que viene. ¿Verdad que sí?

(El DIRECTOR le dice algo a LIVI.)

LIVI. —Fírmame un recibo a cuenta de lo que tienes devengado este mes, Crock. (CROCK hace ademán de acercarse a la mesa del DIRECTOR. Contentándole con la mano.) No te acerques.

FRANK. (Frotándose las manos.) —Hay que mantener la distancia.

(CROCK se pone de rodillas, saca un sucio papel y una punta de lapicero, chupa la punta y escribe, apoyándose en el suelo. Luego se pone en pie. Va hacia la mesa del DIRECTOR; pero FRANK lo contiene, mientras LIVI se acerca a coger el papel.) ¡Quieto!

LIVI. —Dámelo a mí. (Al DIRECTOR.) Señor Director... Estos dispendios... ¿Por qué no le damos sólo trece pesetas?

FRIDA. —Pero, ¡el coche cuesta tres duros justos!

(Gesto de magnanimidad del DIRECTOR.)

LIVI. (Triste.) —Ahí van los tres duros.

FRIDA. —Muchas gracias. Y descuiden. No volveré a molestarles.

LIVI. —De eso estamos seguros. (Sonríe misteriosamente.

Mira a los otros dos, que también sonríen.)

FRANK. (Ante una indicación del DIRECTOR.) —¡Y ahora váyanse!

CROCK. —¡Necesito saber cómo va mi asunto!

FRANK. —Mañana.

CROCK. —Señor Director... (Implorante.)

DIRECTOR. —Mañana.

FRANK. —¡Váyanse! Son las siete de la tarde y el señor Director tiene que despachar muchos asuntos importantes.

FRIDA. —¿Las siete ya? ¡Qué barbaridad! Es tardísimo.

Voy a perder el coche. (Hace ademán de salir. Al llegar a la puerta se para y mira a su marido.) Bueno, Crock, ¿qué le digo al maestro?

CROCK. (Violentísimo.) ¡—Mujer!....

(El DIRECTOR se levanta y escucha la conversación en pie. Hace un gesto a FRANK y LIVI y estos le traen un pedestal. El se sube y escucha.)

FRIDA. —Va a ir esta noche a casa. Tomará café conmigo y... Ya sabes lo que te he dicho. Me parece que ese es de los que no respetan nada. Yo no soy de piedra. Crock, ¿qué hago?

CROCK. —¡No consentas!

FRIDA. —¿Y si insiste?

CROCK. —¡Dile que irá el sábado y le ajustaré las cuentas!

FRIDA. —No le importará.

CROCK. (Gesto de impotencia.) —¡No puedo hacer nada más!

FRIDA. —Es alto y fuerte.

CROCK. —Tú eres buena, Frida. ¿Verdad que eres buena?

FRIDA. —Pero no soy de piedra, hijo, no soy de piedra.

(Un breve silencio.) ¿Qué hago, Crock?

CROCK. (Sin fuerzas.) —Tú verás, Frida, tú verás.

FRIDA. —¿Yo veré? ¡Está bien, yo veré! ¡Adiós! (Sale.)

(Los tres hombres cuchichean un momento.)

FRANK. —El señor Director quiere saber qué asunto es ese del maestro.

CROCK. (Muy violento.) —Nada de particular. No tiene importancia.

DIRECTOR. —Quiero saberlo.

CROCK. (Humildemente.) —Señor Director..., el maestro del pueblo persigue a mi mujer. Por lo visto quiere conseguir algo.

DIRECTOR. —¿Qué?

CROCK. (Gesto de entendimiento.) —Ya sabe...

DIRECTOR. —¡Ah! ¿Su mujer es...?

CROCK. —¡No; no, señor! Es muy decente.

NEGOCIANTE. — Cuestión de un minuto. En seguida crearemos. (*Entra la SECRETARIA con unos papeles. Se los da al NEGOCIANTE.*) Gracias. (*Sale la SECRETARIA. Mira detenidamente los papeles.*) Veamos... (*Lee. Un momento de silencio. Los dos amigos le miran con nerviosismo. Deja de leer.*) Bien... (*Repara de nuevo los papeles. Se pasa una mano por la comisura de los labios. A los dos amigos.*) Estos son los informes. A la vista de estos informes no se puede decir que sea usted precisamente un santo, amigo mío. Escuche, escuche... (*Lee.*) «Es un hombre de escasisima capacidad para el trabajo... En cierta ocasión se le vio fumando un cigarrillo mientras resolvía un expediente. Durante los últimos tiempos se ha manifestado, además, como un hombre rebelde. Se ha rebelado contra las decisiones de la administración y se ha llegado a permitir la libertad de hacer preguntas a sus superiores. Sus constantes faltas al trabajo, así como su actitud soberbia y poco respetuosa, han obligado a esta casa (fundada en 1870) a iniciar un expediente contra él, a fin de declarar su inutilidad para el trabajo y la necesidad de su urgente expulsión de esta empresa.» (*Pausa.*) Si yo cometiera la insensatez de admitirle me expondría a una contaminación muy perjudicial para la buena marcha del negocio. Adiós, buenos días. (*Se pone en pie y les tiende la mano.*)

(*CROCK está anonadado.*)

AMIGO. — Pero jeso no es verdad! ¡Yo conozco a Crock! NEGOCIANTE. — ¿Quiere decir que todo lo que dice este informe es mentira?

AMIGO. — ¡Sí!

NEGOCIANTE. — Entonces, ¿Por qué lo han escrito?

AMIGO. — ¡Yo qué sé! ¡Vaya usted a saber los porqués de todo! Es posible que alguien le mire con malos ojos.

NEGOCIANTE. — ¿Y por qué mirarle con malos ojos?

AMIGO. — Acaso envidia...

NEGOCIANTE. (*Mirando a CROCK con asombro.*) — ¿Envidia de esto?

AMIGO. — Sí, de esto. Los imbéciles sienten envidia de todo.

NEGOCIANTE. — Nada, no me convence. Un expediente es un expediente, y sus consecuencias se arrastran toda la vida.

AMIGO. — ¡El caso de Crock es injusto, don Ulrico! NEGOCIANTE. — ¿En qué se funda para afirmarlo?

AMIGO. (*Irritado.*) — Conozco a Crock. Es bueno. (*A CROCK.*) Ya te decía yo que era mejor dejar todas esas cosas y dormir en un banco del parque. (*A/NEGOCIANTE.*) Yo tampoco sirvo para moverme entre los hombres. Pero me di cuenta a tiempo y decidí vivir lejos de ese horrible mundo de reglamentos y gaitas. Vivo en el parque.

NEGOCIANTE. — ¿Y qué es eso?

AMIGO. — ¿El parque?

NEGOCIANTE. — Sí.

AMIGO. — ¡Un lugar que sólo existe para los niños, para los viejos, para los enamorados y para los pájaros!

NEGOCIANTE. — ¡Ah, muy interesante! (*A CROCK.*) Pues nada, nada, váyase con el amigo a ese sitio. ¡Lo pasarán ustedes bomba! Por lo que a mí respecta, lamento mucho no poder hacer nada por ustedes. Aquí hay unas referencias y he de atenerme a ellas. Buenos días.

AMIGO. — Pero...

CROCK. (*Poniéndose en pie y haciendo callar al AMIGO con un ademán.*) — Déjalo. No hay argumentos. Además, ese

informe, en parte, es verdad. El otro día puse un florero sobre mi mesa. Habla empezado la primavera.

¿Sabe lo que es la primavera? (*El NEGOCIANTE niega.*) Pues la primavera... es la primavera. (*El NEGOCIANTE asiente perplejo.*) (*Transición.*) (*Queda mirando fijamente un objeto que hay sobre la mesa. Como para sí.*) Cuando leía en el periódico que se había cometido un crimen pensaba que al criminal debían matarlo inmediatamente. Eso de los crímenes no está bien; no, señor. (*Cogiendo el objeto que miraba fijamente y que resulta ser un cortaplumas muy afilado.*) ¿Qué es esto?

NEGOCIANTE. — Un cortaplumas.